

logra una opinion ficticia contra la cual protesta en me-
 dio de su sustiniento la verdadera opinion nacional.
 La opinion cuando se generaliza, y por lo tanto merece
 tan respetable nombre, está en todas partes como el aire
 que respiramos, es espontánea, y forma el lazo de union
 de todos los intereses y de todas las creencias, porque
 en ellas vienen á concurrir las meditaciones del filósofo
 que busca el bien de la humanidad, los raciocinios el
 político que desea la inmunidad de los principios y de
 los derechos, y hasta los lamentos del pobre á quien el
 canxa en su reducida capaña el golpe de la arbitrariedad
 ó de una administracion destructora.

Tales son los principales sofismas que se emplean así
 por los ministros y sus defensores, como por la oposi-
 cion; y contra todos ellos se necesita estar muy en guar-
 dia, porque todos ellos aspiran á poner el traje brillante
 de la verdad sobre el error innundo y injusto.



Pero aun el sentimiento de la razon debe estar domi-
 nado por la prudencia. El orador antes de usar de la
 palabra debe fijar su vista en el pais que la ha de reco-
 ger, y medir en calma los efectos y resultados que en él
 va á producir. Ninguna responsabilidad legal pesa so-
 bre la cabeza de los oradores á quienes la ley no ha po-
 dido menos de declarar inviolables por la opinion que
 emanan; pero de los que se desentendian y mas gra-
 ve les agrada en el tribunal de su mismo corazon, cuan-
 do por un arrojado ciego, se ve el egoismo de los par-
 tidos, ó por las pasiones convencidas que se distanzan
 con la mascara de la virtud, se ve el egoismo de los par-
 tidos, ó por las pasiones convencidas que se distanzan

CAPITULO VII.

Consejos al orador parlamentario.

QUEREMOS anteponer los consejos á la esposicion de las
 reglas. La razon que para esto tenemos es bien fácil
 de calcular. No todas las reglas son de rigurosa aplica-
 cion en todos los discursos, en tanto que no hay uno en
 que puedan desatenderse estos consejos sin correr el pe-
 ligro de sufrir una vergonzosa derrota.

Lo primero que aconsejamos al orador parlamentario
 es que cuide mucho de elegir bien el terreno del com-
 bate. En las luchas de la tribuna sucede lo que en las
 batallas. Si uno de los ejércitos ocupa una posicion
 inespugnable, difícil es que la táctica y el valor logren
 rendirlo. Lo principal, pues, en las discusiones parla-
 mentarias es tener razon. Con ella pocos esfuerzos y
 pocas dotes oratorias bastan para producir un grande
 efecto: sin ella, por el contrario, los raciocinios son de-
 clamaciones ó sutilezas, los argumentos paradojas, los
 arranques hinchazon frívola ó ridícula, y el discurso to-
 do, un cuadro que á lo mas se mira como de entreteni-
 do pasatiempo.

Pero aun el sentimiento de la razon debe estar dominado por la prudencia. El orador antes de usar de la palabra debe fijar su vista en el pais que la ha de recoger, y medir en calma los efectos y resultados que en él va á producir. Ninguna responsabilidad legal pesa sobre la cabeza de los oradores á quienes la ley no ha podido menos de declarar inviolables por la opinion que emitan; pero otra responsabilidad mas severa y mas grave les aguarda en el tribunal de su mismo corazon, cuando por un arrojio ciego, tal vez por el egoismo de los partidos, ó por las pasiones envenenadas que se disfrazan con la máscara de la virtud, comprometen con su imprudencia los destinos de la nacion. La palabra que ha salido de los lábios, como la flecha que escapa del arco no puede ser recogida, y menos cuando mil plumas la esperan para llevarla en tipos que la perpetúan á todas las regiones del mundo. Que se piense, pues, en las consecuencias de lo que va á decirse, antes de causar con decirlo un mal tan cierto como irreparable.

Una vez conocido por el orador el círculo en que puede moverse sin riesgo del pais que representa, nada le da tanta ventaja como la conviccion profunda sobre los principios y verdades que se propone enunciar. A este propósito ha dicho un eseritor notable con mucho acierto "que todas las reglas de los retóricos no valen tanto como la conciencia de un hombre de bien." Necesita, pues, el orador parlamentario ser siempre fiel á esta máxima, y no prestarse jamás por debilidad ó complacencia á sus exigentes colegas á tomar la palabra en una cuestion de cuya bondad y verdad no esté íntimamente convencido. Cuando se habla sin esta conviccion es imposible hablar bien. Habrá juego de palabras, mas ó menos verbosidad, ingénio, sutileza, sofistería; pero

no se llegará nunca á hacer una demostracion, y menos á conmover los corazones de los que nos escuchan, porque el corazon no se rinde sino cuando se ha dominado en el entendimiento, y porque no es posible demostrar y hacer sentir aquello que no se siente. Y hé aquí por qué dijimos que los discursos de los oradores ministeriales eran por lo comun lánguidos, sin uncion, sin movimiento y sin atractivos. Frecuentemente son una traduccion literal de las ideas del poder, y el poder no consulta, sino que manda. Impone su voluntad sin justificarla, y en la presuncion de asemejarse al grande arquitecto del universo que vacia sus obras segun el plan de sus inescrutables designios, no admite colaboradores, sino simplemente obreros. Cuando estos oradores se prestan á recibir un mandato y una inspiracion estraños, renuncian á los sentimientos y á los impulsos propios, y nada pueden decir que presente el sello de la conviccion y de la espontaneidad.

Gran cuidado debe tener el orador en no hacer concesiones indiscretas á sus adversarios, pues en la lucha de la tribuna jamás se conoce el precio de esta generosidad, ni se paga con otra igual una galantería. Por el contrario los tiros se dirigen al punto que se ha dejado descubierto, y el que hizo por sus arranques poco calculados una concesion galante, bien pronto tiene motivo de arrepentirse, y de añadir á la dificultad y embarazo de su situacion la amarga idea de la ingratitud que ha recogido por todo fruto.

Siempre debe procurarse presentar las ideas contrarias por el lado mas débil que pueden ofrecer, para combatir las en este terreno. Es necesario que el orador tenga fino tacto para conocer las cuestiones que debe tratar de frente, y las que conviene mas abordar de una

manera indirecta. Hay vicios y abusos que solo se sostienen por la costumbre y por la autoridad que les da su vejez, parecidos á los edificios ruinosos que se conservan en pié por las leyes del equilibrio, pero que vienen á tierra en cuanto sienten el pico del albañil.

Quando se acaba de ganar un triunfo no debe empeñarse otra accion; porque esto seria esponerse á perder la ventaja obtenida, y destruir enteramente su efecto.

Muéstrese siempre cortesanía y atentas maneras en las discusiones, al combatir las doctrinas y los hechos, y respétense las intenciones, porque estas están fuera del círculo del debate. El objeto del orador hemos dicho que es convencer y conmover; y con las formas insultantes y provocativas, con los denuestos mas ó menos disimulados, contraer las intenciones al estadio de la controversia, ni se convence ni se conmueve; se irritan y exasperan los ánimos, y triste seria la gloria de la elocuencia si solo produjera el enojo y la irritacion.

Que procure el orador parlamentario no descubrir jamás malignidad; ser claro en la parte espositiva y de pruebas, sencillo en sus exordios, y en la línea de declamacion no ser cómico, ni trágico, ni predicador, ni académico. Cada uno de estos géneros tiene su entonacion y sus maneras, y el confundirlas indiscretamente produce malísimo efecto en los que escuchan.

Otra de las cosas de que debe cuidar mas el orador es de no prodigarse, y de no hablar sino en ocasiones solemnes ó de notable importancia. Como en todos los casos deben acomodarse las palabras á las ideas y las ideas al objeto, cuando este es pequeño, pequeño tiene que ser todo lo que de él se diga, á menos que no se quiera incurrir en una hinchazon desagradable y risible. Para cosas pequeñas no deben emplearse nunca las gran-

des formas, y el verdadero orador encuentra mas dificultad en rasar su vuelo por la tierra, que en elevarlo hasta las nubes. El discurso oratorio es en cierta relacion como los barcos de gran porte: no pueden ni aun flotar donde hay poco fondo, y cruzan con rapidez y marcha majestuosa inmensas distancias cuando se mueven en alta mar sobre los abismos del Océano, y reciben en sus velas el rudo soplo de los vientos.

Otra de las cosas que mas aconsejaremos á los oradores, es que procuren evitar toda distraccion mientras pronuncian sus discursos. En el momento en que la atencion se distrae, aunque sea muy lijeramente, la fibra se relaja, la pasion decae ó desaparece, y el fuego se convierte en hielo. Es mas dificil de lo que se cree á primera vista, evitar este peligro. Dotado el orador de una imaginacion viva é impresionable, cualquier recuerdo importuno, cualquiera idea que cruza por la cabeza, como la mariposa que cruza por delante de la luz interponiéndose entre nosotros y sus destellos, basta sino para hacerle perder el hilo del discurso, para debilitarle la imágen y producir un punto opaco que afea el conjunto del cuadro. Es necesario, pues, entregarse por entero á la corriente de las ideas é imágenes que se agolpan á nuestro espíritu, poseerse y abandonarse al asunto del modo mas íntimo é indisoluble.

No se olvide que lo que mas abona al orador parlamentario, es que se note en sus opiniones y discursos, inalterable consecuencia. Si cada dia defiende un principio, un sistema ó la doctrina de un partido, por mas que cubra su inconstancia con las galas del decir, bien pronto caerá en el descrédito, porque sus creencias elásticas ó variables, suponen falta de conviccion y sobra de cálculo ó frivolidad. Y cuando el auditorio parte de es-

ta observacion desfavorable respecto á la persona del orador, es imposible que le abra su corazon, ni que le entregue su confianza.

Cuídese mucho de desmascarar los sofismas empleados de contrario, porque estos no viven mas que de la falacia que envuelven que les dá un valor aparente, y vienen á tierra en el momento en que se revela el artificio.

No hable jamás el orador por el pueril placer de decir que ha hablado, y use siempre de la palabra para decir cosas importantes y nuevas.

No procure nunca agotar la materia, porque las cuestiones son como las aguas de un lago; en la superficie está la transparencia, y en el fondo el cieno fétido y ennegrecido.

Cuide de marcar bien el flujo y reflujo que debe tener todo discurso para que agrade; de avanzar y retirarse segun lo pida el objeto. Si la arenga no tiene este claro oscuro, si toda ella es igual, será por necesidad monótona, y las mismas bellezas, apiñadas sin gusto ni discrecion, vendrán á constituir un todo sin contrastes y sin emociones.

Consulte tambien el orador parlamentario el *modus in rebus*, ó á la riqueza y distribucion de las bellezas que derrame en sus discursos. Con estos sucede frecuentemente lo que con las mugeres, que á fuerza de hacinar adornos se desfiguran, y pierden la gracia que les daria la economía y buen gusto de una elegante sencillez.

Mas el primero, el mas importante, el mas fecundo de los consejos que daremos al orador parlamentario, es que tenga inmensas esperanzas en el porvenir, y que no abandone jamás su noble empresa, abatido por los desengaños, ó escarmentado por los desastres. ¿Qué importa

que la causa de la humanidad sucumba en algunos lugares bajo el peso de la fuerza, si de esta postracion pasajera se levanta mas fuerte y decidida, para continuar su marcha constante y progresiva? ¿Qué importa que la noche nos prive por ciertas horas de la luz y de la alegría, si entre tanto sigue la tierra en silencio su movimiento para traernos una nueva aurora con nueva luz y nuevo regocijo? La suerte de la humanidad no se ha de medir por la de los individuos, ni por la de pueblos ó paises determinados. Podrán éstos ser oprimidos, castigados por sus creencias, condenados á la ley dura y bárbara de la espiacion y del retroceso; pero entre tanto, la humanidad avanza y se perfecciona, y las sociedades marchan lenta pero majestuosamente, hácia ese punto todavia no formulado, pero sí hondamente presentido en los instintos maravillosos que dirigen al hombre hácia su felicidad. Tenga, pues, el orador parlamentario, fé viva y acendrada en los arcanos del tiempo y en el triunfo de sus ideas; esa fé perseverante y magnánima que hacia sonreir á los mártires al inclinar su cabeza bajo la cuchilla de los verdugos. Que eche una mirada sobre el mundo desde que sus habitantes se establecieron en cuerpos de naciones, y verá que, á través de esas grandes catástrofes que han manchado la historia de los pueblos, de esas terribles alternativas porque han tenido que pasar en el rumbo incierto y vario de sus destinos, la causa de la civilizacion que es la de la libertad, ha ganado siempre, y sigue avanzando hácia el dia de ventura que ha de coronar sus esperanzas y sus esfuerzos. Empiezan las guerras en el mundo antiguo, y la rivalidad y los odios dividen al Oriente del Occidente: y sin embargo del inmenso poder de las comarcas inmediatas á la cuna del género humano, el Occidente triunfa porque sus ideas

son mas filantrópicas, mas expansivas y mas civilizadas. Brilla Grecia por la sabiduría de sus leyes y por el valor de sus ejércitos, y la libertad es el nūmen que se alza y proclama en unas instituciones que hacen del ciudadano un rey, y del patriotismo la primera de las virtudes. La injusticia y violencia de los Tarquinos en Roma, provocan la hora de la venganza, y de la misma opresion viene á brotar la libertad. Muere ésta á manos del astuto Augusto, despues del triunfo y del fin trágico de César, y entonces precisamente, un artesano de Galilea anuncia al mundo, no solo la libertad é igualdad que tan frecuentemente habian eludido los poderosos, sino una palabra mas dulce, mas eficaz, mas consoladora; la de caridad, que no se contenta con colocar á todos los hombres al mismo nivel, sino que los confunde é identifica. La civilizacion va ganando siempre en todas las trasformaciones porque pasan los pueblos en la marcha fatal ó contradictoria de las edades. Ella se enseñorea del mundo, aun á la vista de sus enemigos, y convierte á los conquistadores en conquistados. Cuando ya Roma no puede sostener sus dias valetudinarios, y su poder, minado por la corrupcion y por el despotismo imperial, legiones bárbaras se derraman sobre ella desde los bosques de la Germania, y acaban de apagar la débil luz que todavia era un trémulo reflejo de su pasada gloria: pero la civilizacion triunfa de la conquista, y somete á los vencedores á la religion y á las costumbres de los vencidos.

Mas tarde, un ejército musulman invade la Europa, predicando con el alfange la doctrina de un profeta sin mision y sin milagros; y no obstante, esa misma invasion nos trae los adelantos de las ciencias y de las artes, y construye en nuestro suelo monumentos que son la admiracion de los siglos, sobre los cuales han rodado tantos años sin desmoronar una sola de sus piedras, y

que hoy sirven de argumento tierno ó sublime á los cantos de nuestros poetas. En el tiempo mismo en que acaba esa ocupacion de ocho siglos con la última victoria de la reconquista, osados aventureros descubren un nuevo mundo, dividido entre imperios sin cultura, y entre tribus salvajes. La civilizacion y la libertad siguen bien pronto el mismo derrotero, y convierten las cabañas en ciudades, los bosques en campos cultivados, y la ley de la fuerza en la ley del pensamiento, que elaboran las cámaras de repúblicas florecientes. Hasta la Oceania entra en la gran familia del mundo culto, que se mueve escitado por una emulacion creadora, y presenta á la vista de las naciones antiguas, leyes, costumbres, y monumentos de ayer, que escitan su admiracion y tal vez su envidia. ¿Y qué quiere decir todo esto? Que los pueblos siguen todos los períodos de su educacion, y que si hasta hoy, víctimas de sus propios errores ó de perfidias estrañas, no han logrado fijar una teoría salvadora, ó mas bien convertir en hechos sus nobles aspiraciones á la felicidad y á la justicia, no por eso debe desmayarse renunciando á ese porvenir de gloria y de dicha, que es el objeto constante de sus actuales tendencias.

Que procure el orador parlamentario inflamar su corazon y alentar su fe al soplo de un santo celo, para el que no hay ni inconvenientes ni barreras, y que no piense ni en las defecciones individuales que le amargan, ni en la suerte adversa que muchas veces persigue á la causa de la razon, ni en el peso de la fuerza que amenaza ahogar todo pensamiento libre y todo impulso de reforma. Náufragos ha habido siempre en los mares, y no por eso han renunciado otros á confiar su vida al proceloso elemento: á él se lanzan continuamente, y á través de tantas olas, llegan al puerto que buscan. ¿Por

qué no ha de ser igual nuestro destino en la navegacion que hacemos hácia el puerto de la libertad y bienestar de los hombres, sobre el mar bravío de las preocupaciones, de bastardos intereses y de aspiraciones egoistas? Una nacion, movida por el sentimiento de su dignidad, no se resigna á ser el juguete de sus opresores; y éstos, disponiendo de la fuerza, la aniquilan, y reducen á sus habitantes al silencio del terror, de las prisiones ó de los suplicios. Otra mas osada se dispone para la pelea, pero el cañon merma y deshace las filas de sus combatientes, y las obliga á un triste pero glorioso sometimiento. En otras partes unos pocos hombres, infatuados con el poder, trazan un círculo de que se declaran á sí propios el punto céntrico y la circunferencia, y sobreponiéndose á las leyes, exigen como la estatua de Nabucodonosor, incienso y adoraciones. Esta será la historia de un dia, de una época, ó de un pueblo: pero ¿qué son un dia, una época ó un pueblo, en comparacion de todo el mundo, y de las largas edades que encierran la promesa infalible de perfeccion de la especie humana? Un punto imperceptible en el espacio, un grano de arena entre las que se hallan amontonadas á lo largo de inmensas riberas, una gota de agua en comparacion de todas las que contiene en su seno el vasto dominio de los mares. Que el orador parlamentario que defiende los buenos principios, piense que es un soldado de la humanidad, intérprete de sus instintos, sostenedor de sus derechos, y que no puede abandonar el puesto que se le ha confiado, ni dejar de batirse hasta quemar el último cartucho.

Que no le retraiga ni amedrente el fin trágico de Agis y Cleómenes en Esparta, ni el de los Gracos en Roma, víctimas de su amor al pueblo y de la celosa defensa que por él hicieron. ¿Qué son las persecuciones, ni

aun la muerte, cuando espera la fama para pronunciar un nombre, y la historia para escribirlo en letras de oro en el libro de la inmortalidad? Que tenga, pues, fe el orador parlamentario, porque la fe engendra la decision, y con la decision y la constancia se superan todos los obstáculos.

